

en recordar que el devenir histórico es dialéctico. «Triunfa la *conspiración*. Comienza la *resistencia*» (VI, 67)⁹.

Los capítulos siguientes estarán orientados a rastrear las huellas de esa resistencia cuya existencia es una deducción necesaria de esta concepción de la historia¹⁰. En un universo caracterizado por la ausencia de información (lo primero que hace la junta es tomar el control de las radios y la televisión para imponer, luego, una estricta censura), *Crisis* realizará una investigación destinada a restaurar aquel saber que los asesinos pretenden escamotear. Insistiendo en un gesto que llegará a convertirse en uno de los rasgos distintivos de la revista en la década del setenta, el segundo artículo dedicado al golpe buscará reconstituir la red informativa que falta en aquellas voces que no tienen posibilidad de circulación, en la voz de los que no tienen voz. Es en el tejido que conforma el conglomerado de voces silenciadas en donde *Crisis* buscará redibujar el rostro furtivo de la contrafuerza revolucionaria que enfrentará a los golpistas. «Jorge, ex alto jefe de la aeronáutica que no se plegó al golpe.— Las noticias *que logré conocer* indicaban que los efectivos de la Fuerza Aérea fueron formados y notificados de que tendrían que salir a las calles a combatir a los marxistas, *pues existía un plan del MIR para dar muerte a miembros de las fuerzas armadas*» (68); «Albertina, estudiante uruguaya.— [...] fue en ese momento que aparecieron los francotiradores. Los milicos no sabían, la verdad, cómo enfrentarlos, pues *no esperaban ese tipo de resistencia*. Muchos, al parecer, preferían luchar que entregarse. Lo que sucedió después de las tres de la tarde *lo desconozco* [...]» (69); «Luis, funcionario internacional.— También en el cerro Santa Lucía se produjeron enfrentamientos, que duraron hasta la madrugada del miércoles. *Allí había varios francotiradores, que*

⁹ Todos los testimonios que se agregan a la mencionada cronología insisten en la continuidad del proceso revolucionario chileno a pesar de las actuales circunstancias. Salvador Allende, antes de morir: «[...] aquellos que pudieran imaginarse que suprimiéndome físicamente van a detener este proceso, creo que se equivocan lamentablemente. [...] porque el proceso social chileno no es la acción de un hombre. Es la acción madura de un pueblo políticamente consciente, y con fuerzas sindicales poderosas, que le dan el derecho a decir que seguirá adelante con su voluntad revolucionaria» (VI, 69). Julio Cortázar: «[...] América Latina continúa la marcha hacia su verdadero destino y nada podrán los chacales y los gorilas contra su vocación de libertad y de justicia» (VI, 68). Rafael Alberti: «Ya se acabó. Mas la muerte, / la muerte no acaba nada. / Mirad: han matado a un hombre. / Ciega la mano que mata. / Cayó ayer. Pero su sangre / hoy ya mismo se levanta» (VI, 68).

¹⁰ En el citado reportaje a la viuda de Allende esta necesidad estrictamente lógica de la resistencia —más allá de su existencia concreta— parece evidente. Pregunta el periodista: «¿Sabe quién asumió la dirección de la resistencia?» Contesta la viuda: «No, no sé. Lo que sé es que nadie va a retroceder» (VI, 67).

dispararon durante toda la noche. Las patrullas militares, por lo que supe, tuvieron que actuar con mucha cautela para no sufrir muchas bajas, pero las hubo en abundancia» (70) [todas las citas: *Crisis VII*].

Pero esa información no se obtiene toda de una vez. La fragmentación de los testimonios en el interior del capítulo, el corte de los relatos en el momento culminante (Luis [miembro de la resistencia]: «[...] discutimos sobre la necesidad de ocultarnos en algún lugar y atacar a las patrullas militares por sorpresa. Dos o tres estuvieron de acuerdo, pero prevaleció la idea de retornar a las casas, con todo el riesgo que eso significaba. Quedamos convenidos de juntarnos *al día siguiente*», VII, 69) dotarán al ritmo de la investigación de un suspenso propiamente folletinesco. Dicha segmentación, al mismo tiempo, recuerda que ninguno de los testimonios recogidos puede pensarse por separado. Que es necesario incluirlos en el interior de un movimiento más amplio, en el interior de una verdadera «novela» obsesionada en la búsqueda de un saber —el de la existencia fehaciente de una resistencia— que se sustrae, se difiere cada vez que se lo interroga.

El momento culminante de la investigación coincidirá, paradójicamente, con el comienzo de un tímido pero sostenido declinamiento de la hipótesis. Será un capítulo entero, «Un encuentro con la resistencia chilena» (XII, abril de 1974, 74-78), dedicado a narrar, «seis meses después del odio» (74), el encuentro secreto entre un enviado especial de la revista y el jefe de la resistencia. Allí tendrá lugar una reformulación de la hipótesis inicial. En Chile no habría una resistencia sino dos. Una «espontánea», «románticamente heroica», que actuó durante los siete días posteriores al golpe «sin ninguna perspectiva de éxito» (74); la otra, «organizada», «cautelosa», «que crece rítmicamente» (74), «una larga lucha que recién empezó» (75) y cuya existencia fehaciente se hará patente en este encuentro.

Por un instante, la novela policial se cruzará con el género de aventuras. Muchos de los τόποι propios del género cobrarán cuerpo: mensajes cifrados y contraseñas, secretos peligrosos, lugares solitarios e imprecisos, postas múltiples que es necesario atravesar antes de llegar al corazón de esa sociedad secreta en la que se ha transformado la resistencia. Y si, al mismo tiempo, no se ahorran en el relato ninguna de las técnicas ya explotadas por la novela realista (profusión del color local, los detalles en los retratos y descripciones, etc.) es porque dotar al relato de un «efecto de realidad», mostrar que se estuvo en el escenario mismo donde se producen los hechos, seguirá siendo siempre la mayor garantía de lo que se quiere probar.

Después del encuentro directo, después de la prueba presuntamente irrefutable, las referencias a la resistencia empezarán a espaciarse cada vez más y ya no volverán a aportarse en el futuro nuevas evidencias que atestigüen su existencia concreta o, por lo menos, la de una fuerza capaz de torcer el rumbo iniciado el 11 de setiembre.

- ii) El golpe de Estado no pone en juego el destino de la revolución pero propone la necesidad de un cambio en la estrategia revolucionaria. La segunda hipótesis a la que dio lugar el golpe de Estado coexiste en el tiempo con la primera. Se la podría sintetizar más o menos así: el golpe chileno, si bien no pone en cuestionamiento la ley revolucionaria, planteará la necesidad de reformular la estrategia para alcanzarla. ¿Es posible la revolución por la vía pacífica y legalista elegida por el gobierno chileno? ¿Qué margen de tolerancia debe concederse a los enemigos de la revolución?

Quizás sea posible señalar tres etapas en la historia de dicha formulación. En un primer momento –frente a la hipótesis mucho más sólida de la resistencia– su voz apenas se dejará oír en las opiniones, todavía tímidas, de Ernesto Sábato: «*Tal vez Allende ha pagado por el excesivo respeto que mantuvo por todas las libertades, sin excepción. Tal vez esta durísima experiencia revela que no puede llevarse a cabo la gigantesca tarea de liberar a un pueblo oprimido respetando la libertad de los que lo oprimen [...]. Dar igual libertad a corderos y lobos es una irrisoria candidez que sólo puede concluir con el exterminio de los corderos*» (VI, 68). En la segunda etapa –cuando la hipótesis de la resistencia «espontánea» deba ser reformulada por una de más largo alcance– encontrará en un reportaje de Gabriel García Márquez su postulación más virulenta: «[...] el destino le deparó [a Allende] la rara y trágica grandeza de morir defendiendo a bala el mamarracho anacrónico del derecho burgués, defendiendo una Corte Suprema de Justicia que lo había repudiado pero que había de legitimar a sus asesinos, defendiendo un Congreso miserable que lo había declarado ilegítimo pero que había de sucumbir complacido ante la voluntad de los usurpadores, defendiendo la libertad de los partidos de oposición que habían vendido su alma al fascismo, *defendiendo toda la parafernalia apollada de un sistema de mierda que él se había propuesto aniquilar sin disparar un tiro.*» (XII, 73). En el tramo final, todavía seguirá encontrando sus defensores en las voces de Fidel Castro (XIV, 6) y, otra vez, en García Márquez (XXIV, 41-43). Para entonces, su dilución, como la de la opción por la resistencia, parece inexorable.

Si para su certificación de una resistencia concreta la revista recogerá las voces de los que no tienen voz, la hipótesis de la necesidad de un cambio estratégico estará puesta en boca de los nombres propios. Tal vez no sea del todo casual que, a excepción de Sábato, sus portavoces estén estrechamente comprometidos con el proceso revolucionario cubano. Abortada la esperanza chilena, Cuba emergerá en el horizonte de *Crisis* como el referente más firme, aunque también más solitario, de la revolución en Latinoamérica.

La apuesta al cambio estratégico parece inescindible del modelo en el que encontró su fuente de legitimación. De aquella otra «novela» que, contemporánea a la del golpe, estuvo constituida por todos aquellos discursos que se urdieron en *Crisis* en torno de la revolución cubana. Discursos celebratorios, ya en la exhumación, por ejemplo, de un antiguo texto de Leopoldo Marechal, «una de las figuras fundamentales del peronismo» (X, 74), que en 1966 había narrado su fascinada visita a la isla a propósito de una nueva edición del Premio Casa de las Américas, ya en los múltiples artículos dedicados a registrar el estallido artístico que tuvo lugar en Cuba con el triunfo de la revolución en donde vanguardia estética coincide, por fin, con vanguardia política (cf., entre otros, «Ocho días en el nuevo teatro de la revolución», VI, 49-55 y «La propaganda y el lenguaje de los signos en un proceso revolucionario», XII, 18-21).

iii) *El golpe de Estado deja de ser un «caso» para transformarse en exemplum.* Las dos hipótesis sobre Chile cesarán abruptamente en agosto de 1975 con el impacto que produce el «rodrigazo» en la economía argentina. Desde entonces, la mirada de la revista se volverá hacia las acuciantes urgencias nacionales. Las amenazas de la «Triple A» a integrantes de la propia redacción¹¹, la derechización y debilitamiento progresivo del gobierno de Isabel Perón, el fortalecimiento, en contrapartida, de las dictaduras militares en la mayoría de los países latinoamericanos, descalificarán, por extemporánea, toda pretensión revolucionaria. La mirada a Cuba se diluirá irremediamente.

¹¹ En agosto de 1975 Juan Gelman debe abandonar el país. En marzo del año siguiente Eduardo Galeano, director de la revista, también deberá alejarse por razones de seguridad. Entre las contadas reflexiones a que *Crisis* ha dado lugar en la crítica argentina debe mencionarse la de María Sonderéguer en «*Crisis (1973-1976): un proyecto cultural*» (en *Cahiers du Criccal* 9/10, París, 1992). Algunas de las referencias mencionadas en ese artículo fueron retomadas en el presente, como en esta cita.

Y Chile habrá dejado de ser un «caso» para transformarse en exemplum. En un ejemplo más, junto con Uruguay, Paraguay, Perú y, en poco tiempo, la propia Argentina, del avance de la ofensiva contrarrevolucionaria en el continente latinoamericano.

Las antiguas expectativas darán paso o bien al recuerdo nostálgico de los exiliados (cf. reportaje a Isabel Parra, XXVIII, agosto de 1975, 47-49) o bien a la descripción «objetiva» y descarnada de la vida cotidiana de un país signado por el terror de la represión militar y la progresiva pauperización de sus habitantes «[...] sin que haya una ceja de luz que permita adivinar una salida lógica a este proceso a corto o mediano plazo» (XXXII, diciembre de 1975, 27). Veintiocho meses después de la instalación de la junta en el poder, y sobre el modelo de una novela negra próxima a convertirse en tragedia¹², la mirada sobre Chile se debatirá entre la apuesta a una esperanza cada vez más quimérica y el doloroso reconocimiento de que el gobierno militar se mantendrá en el poder mucho más tiempo del que, inicialmente, habían imaginado las predicciones más cautelosas. En diciembre de 1975, en la mirada de *Crisis*, Chile ha dejado de interrogar ley alguna. Porque aquella ley que, en vísperas del triunfo de Perón, todavía abría las puertas de la utopía, ahora, a cuatro meses del propio golpe de Estado, ha perdido definitivamente el espacio propicio para poder formularse.

Cronología de textos citados en este artículo

1. «Del film de Solanas y Getino: Juan Domingo Perón. Los días siguientes», **I**, 43-47.
2. «Teletipo (reportaje al antropólogo brasileño Darcy Ribeyro)», **I**, 63.
3. «Jinete de dos caballos», de Rogelio García Lupo, **II**, 62-63.
4. «Ocho días en el nuevo teatro de la revolución», de Dahd Sfeir, **VI**, 49-55.
5. «Informe sobre Chile. Esperanza, crimen y caída», **VI**, 64-72.
6. «Chile. Venid a ver la sangre por las calles», **VII**, 68-72.
7. «La canción póstuma de Víctor Jara», **IX**, 32.
8. «La isla de Fidel», de Leopoldo Marechal, **X**, 74-78.
9. «Félix Beltrán. La propaganda y el lenguaje de los signos en un proceso revolucionario», **XII**, 18-21.

¹² Boileau-Narcejac, en *La novela policial* (Buenos Aires: Paidós, 1968): «[en la novela negra] la vida está dominada por la fatalidad y los hombres son cosas, a pesar de su aparente libertad» (92).

10. «Carnet. “Chile”», **XII**, 34.
11. «Chile», de Gabriel García Márquez, **XII**, 68-73.
12. «Un encuentro con la resistencia chilena», de Eric Nepomuceno, **XII**, 74-80.
13. «El fin del cerco. Diálogo de los periodistas argentinos con Fidel Castro», **XIV**, 3-8.
14. «Testimonios. Carta de un fusilado en Chile», **XV**, 54.
15. «Gabriel García Márquez: “La imaginación al poder en Macondo”», reportaje por Ernesto González Bermejo, **XXIV**, 40-43.
16. «Isabel Parra. Enemiga del olvido y la desesperanza», reportaje por Ernesto González Bermejo, **XXVIII**, 47-49.
17. «Informe sobre Chile», de Carlos Ossa, **XXXII**, 25-29.
18. «Carnet. “Justicia y orden al estilo Pinochet”», de Hernán Mario Cueva, **XXXVI**, 13.

